

EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Jueves 6 de Septiembre de 1917.

Número 32.

EL MOTÍN
PERIÓDICO SEMANAL
CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS
Se publica los jueves

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

ADVERTENCIA

A la vez que este número se entregan en Correos los folletos para los suscriptores á que nos referimos en el número anterior.

LA LÁMINA DE HOY

Las tres caricaturas reproducidas en este número, fueron publicadas el año 1870 en el periódico *Gil Blas*.

Batalla de flores

PARA EL CID CAMPEADOR

Encaminéme al Retiro el día que se dió, y aprendí que solamente los pesimistas de oficio pueden desconfiar de la regeneración de nuestra raza, que es siempre la misma, aun cuando eclipse pasajero haya hecho creer lo contrario: valiente, impetuosa... Como el caballo de buena sangre, se levanta pronto si tropieza. Y aquí no se sabe qué ha sido antes; si el caer ó el levantarse.

No describiré el lujo que vi en el Retiro, pues no trato ahora de fijar el contraste que ofrecía con la miseria pública; entraré desde luego en la lid tremenda.

Después de varias escaramuzas que ya patentizaron el ardor de los combatientes, se entabló la batalla en todo lo largo del paseo de carruajes, lugar elegido por hábil estratega, y ya no pudo saberse cuál rasgo de valor fué inferior al otro; de tan vertiginosa manera se sucedían y tan colosales eran todos. Metrallazo de flores por aquí, granizada de confetis por allá, cohetes á la serpentina en todas direcciones...

Nadie cejaba, ninguno retrocedía... Quedar cubierto de flores, era incentivo para repetir la acometida; caer aplastado bajo los confetis, acicate irresistible para levantarse en la actitud de Anteo; verse sujeto por las serpentinatas, ocasión apetecida para mostrar el esfuerzo hercúleo.

Todos rivalizaban en ardimiento y eran unos en el mismo deseo: acabar con el enemigo. No podía decirse dónde estaba Marte mejor representado; si en los de las carrozas (artillería), si en los de á caballo, si en los de á pie.

Ni la edad establecía diferencias; con igual ardimiento peleaban las canas que el b gote incipiente... ¿Qué más? ¡Hasta los hombres disfrazados de mujeres, hasta los vestidos de bebé se portaron como quienes eran!... Vara del Rey debió sentirse orgulloso en su tumba.

Cuando parecía que la batalla flaqueaba en un punto, era para reanudarse en otro con más brío... ¡Qué hombres aquellos!

Allí estaba el espíritu nacional todo entero... Allí nuestro valor legendario é indomable... Allí la España de los Cides, los Gonzalos, los García de Paredes... Allí Lepanto... (pues también carrozas-barcos había); allí Trafalgar, allí el Callao... Allí Mina, el Empecinado... Espartero allí... Allí Prim... Allí toda la historia española... Allí nuestras numerosas epopeyas... ¡Hasta las leyendas que nuestro valor ha inventado estaban allí!

Y en medio de aquel rudo batallar, aún había guerreros feroces que, sin cuidarse del riesgo á que su indefensión los exponía, miraban al cielo como pidiéndole que repitiera el milagro que hizo con Josué, para tener tiempo de acabar con todos sus enemigos; que el español de hoy se convierte en fiera cuando el ansia de pelear le acucia, y quisiera que el sol no dejase de alumbrar en años, si años necesitara él para dar cima á una empresa gloriosa.

¡Oh! A ser posible que nuestros guerreros inmortales hubiesen aparecido por arte de encantamiento cual nube gloriosa sobre el paseo de carruajes del Retiro, tal entusiasmo hubieran sentido al ver la furia con que los madrileños peleaban, que habríanse puesto á aplaudir tan fuertemente, que el eco de sus aplausos resonara por los espacios infinitos...

Veinte Homeros se necesitarían para cantar la menor peripecia de tan terrible batalla, que habrá á estas fe-

chas convencido al mundo de que, si en lo de defender Colonias anduvimos flojos, en cambio nos sobran alientos y coraje para batirnos á CONFETTI limpio contra el Universo entero si en nuestro daño se conjurara, sin que el dolor nos arrancase un gemido, sino millares de gritos jubilosos, como en el Retiro ocurrió.

Abramos, pues, el pecho á la esperanza. La regeneración ansiada no se ha hecho esperar.

Está ya aquí. La saludé en la batalla de flores del Retiro.

1899

ITIC... TAC...!

I

Arturo de Miracielos (un joven muy hermoso, pero que, por lo visto, no tenía casa ni hogar), consiguió una noche, á fuerza de súplicas, que le dieran hospitalidad en casa de una amiga suya, no menos hermosa, llamada Matilde Entrambasaguas—que hacía éstas y otras caridades á espaldas de su marido, lo cual da bien claro á entender que su marido era una fiera.

Mas he aquí que aquella noche, á eso de la una, oyéronse fuertes golpes en la única puerta que daba acceso al departamento susodicho, acompañados de un vocejón terrible que decía:

—¡Abra usted, señora!

—¡Mi marido!—balbuceó la pobre mujer.

—¡D. José!—tartamudeó Arturo; —pero no me dijiste que nunca venía por aquí?

—¡Ay! No es lo peor que venga... —añadió la hospitalaria beldad—sino que es tan mal pensado, que no habrá manera de hacerle creer que estás aquí inocentemente.

—Pues mira, hija, sálvame—replicó Arturo, lo primero, es lo primero

—Abre, cordera—proseguía gritando D. José, á quien el portero había notificado que la señora daba aquella noche posada á un peregrino.

El apellido de don José no consta en los autos: sólo se sabe que no era hermoso.

—Métete ahí—le dijo Matilde á Arturo señalándole uno de aquellos antiguos relojes de pared de larguísima péndola, que parecía un ataud puesto de pie derecho.

—Abre, paloma—continuaba entre-

tanto el marido, procurando derribar la puerta.

—Jesús, hombre...—gritó la mujer —¡qué prisa traes! Déjame siquiera coger la bata.

A todo esto, Arturo se había metido en la caja del reloj, como Dios le dió á entender, ó sea reduciéndose á la mitad de su volumen ordinario.

Ya podéis adivinar que aquel cuerpo extraño con que no contó el relojero al construir su obra, impidió la gravitación de las pesas y la oscilación de la péndola, parando por consiguiente, la máquina.

—¡No pares el reloj, desgraciado! —exclamó Matilde. —¡Si lo paras, me pierdes y te pierdes! Mi marido no puede conciliar el sueño sino al ruido de esa péndola, y al advertir que no suena esta noche, vendrá á arreglarlo por sí mismo... y...

Así diciendo, echó la llave á la caja del reloj.

II

En el interin, don José había conseguido, por su parte, forzar la cerradura de la puerta, y penetraba en la habitación echando fuego por los ojos...

—¿Dónde está...—berreó de una manera indescriptible.

—¿Qué buscas, Pepe? interrogó la mujer con la mayor calma. —¿Se te ha perdido algo?

Se me ha perdido el honor, —repuso el marido mirando debajo de la cama.

—¡Desventurado! ¿Y lo buscas ahí?

En aquel tiempo no había en Sevilla mesillas de noche.

Porque la escena es en Sevilla.

—¿Dónde está?—seguía preguntando don José.

En cuanto al reloj... el reloj andaba perfectamente, como si nadie hubiese dentro de la caja; quiero decir que la péndola sonaba cual si oscilase libremente en el vacío.

—Tic... tac...—Tic... tac... Tic... tac... oíase resonar allí dentro.

No se le ocurrió, pues, á don José, ni por asomos, registrar el interior del reloj.

Y como en ningún otro paraje encontrara á persona alguna, nuestro hombre cayó de rodillas delante de su esposa, cuya indignación y cuya colera iban tomando vuelo, y le dijo: —Perdona, Matilde, he sido engañado por ese miserable portero... que sin duda estaba borracho. Mañana lo despediré. Por lo que á ti hace, creo que mi amor, mi renovado amor, te demostrará todo mi arrepentimiento por haber dudado de ti...

—Matilde hizo cuanto pudo porque no hubiera paz; quejóse de lo ocurrido; protestó, llovió, insultó á D. José; pero éste le respondía á todo:

—Tienes razón... tienes razón... Soy una fiera.

Y entretanto volvía á cerrar la

puerta que forzó; guardábase la llave y tomaba posesión de su puesto en el lecho conyugal, exclamando como un bendito:

—¡Vaya mujer, acuéstate y no seas tonta!

III

A la madrugada, despertóse don José bruscamente, y dijo en voz baja:

—¿Duermes, Matilde?

—No, que estoy despierta.

—Dime: ¿es ilusión mía ó se ha parado el reloj?

—Tic... tac...—Tic... tac...—Tic... tac... resonó al mismo tiempo dentro de la caja.

—Es ilusión tuya—respondió la mujer. —¿No estás oyendo?

—Es verdad repuso D. José;—pero lo que no es ilusión es que te adoro más que nunca.

IV

Un año después había en la casa de dementes de Toledo un joven muy hermoso, y cuya locura estaba reducida á figurarse que era un reloj de pared y estar siempre imitando el ruido de la péndula por medio de un chasquido en el cielo de la boca, hasta producir este sonido:

—Tic... tac...—Tic... tac...—Tic... tac...

Y dice n que era admirable la perfección con que lo hacía.

De donde se deduce, como moraleja, lo que ya indica el título de este artículo: que algunas veces los jóvenes hermosos hacen el papel de maridos feos.

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

La cesta de coles

Un viajero entra en un vagón en el que hay dos cazuelos. Uno de ellos duerme. El otro está despierto, y tiene á su lado una gran cesta de coles.

El viajero. — Buenas tardes, señores.

El hombre que está despierto. — Buenas tardes tenga usted.

El que parecía dormir. — Bienvenido sea usted.

El primero. — ¿Pues no dormías?

El segundo. — ¿Conque me despierto pa saludar a este señor, y aun te quejas? ¡Ya no me lo dirá mas! (Cierra los ojos y dobla la cabeza.)

El viajero, al otro. — ¿Me hace usted el favor de quitar de ahí esa cesta?

—No, señor.

—¿Cómo que no?

—Que no señor, hi dicho.

—Se lo digo á usted porque van á venir dos señoras y hace falta espacio, y las cestas no van en el sitio de las personas.

—Verd á es que no van.

—Pues entonces, no sé por qué se niega usted á quitar esa. Póngala usted arriba si cabe.

—No la pongo.

—¿Por qué?

—Porque no quiero.

—Vaya, amigo, basta de consideraciones; ¿quiere usted quitar la cesta ó no?

—¿Que no señor, que no me da la gana!

—¡Mire usted que llamo al jefe de la estación!

—¿Y á mí qué se m'importa? De hombre á hombre no va nada; llámelo usted.

—¿Quita usted la cesta?

—¡Paice mentira que lleve usted corbata!

—¿Qué tiene que ver?...

—Sí, señor, que tiene; porque que no entienda, ni tenga prencipios, ni se haga cargo de lo que le icen un cualquiera, un focin del campo, toavía pué ocurrir. ¡Pero un hombre con corbata! ¡Amos, hombre, que lo que es usted no debe ser letra!

—Ahora mismo voy á llamar al jefe.

—¡Bueno, bueno!

—¡Señor jefe! ¡Aquí! ¡Haga usted e favor!

(Viene el jefe y sube al vagón.)

—¿Qué desea usted? El tren va á salir...

—Este hombre que no quiere quitar de en medio esa cesta.

—El jefe. —A ver, quite usted la cesta, que no puede ir ahí.

—¿No puede ir?

—No, señor.

—¡Pues que no vaya! Lo que es yo no la quito.

—Le advierto á usted que yo soy aquí el jefe, soy el que manda. Mire usted que llamo á la pareja de la Guardia civil...

—¿Quiéste que le llame yo? Ni le tengo miedo á ella, ni á usted; de hombre á hombre no va nada.

(El jefe asomándose á la ventanilla y haciendo señas.)

—¡Aquí! ¡La Guardia civil!

(Vienen dos guardias y se les explica el caso.)

Un guardia. — Quite usted esa cesta de ahí enseguida.

—No me da la gana.

El otro. — ¿La quita usted?

—¡No la quito!

El viajero, desesperado. — Pero, hombre de Dios, por la Virgen Santísima, no sea usted tozudo; ¿por qué razón prefiere usted ir á la cárcel á darnos gusto? ¿Por qué no ha de quitar usted la cesta y se acaba todo esto?

—¡¡Porque no es mía, moño!!

(Estupefacción general.)

El jefe. — ¿De quién es?

—De ese que está dormido. ¿A ver, tú, estas dormido?

El otro baturro, sin abrir los ojos: — Según pa lo que sea.

—Pa que quites esa cesta de enmedio.

—Con mucho gusto; ya están ustedes servidos.

(Quita la cesta y la pone en la red. El jefe de la estación riendo.)

—¿Y por qué no lo dijo usted desde el principio?

—Porque el señor no mel'a preguntao; porque estos que llevan corbata tienen menos gramática que uno. Lo primero á todo se dice: ¿De quien es esa cesta? Y al amo de la cesta se le dice: ¿Quiéste quítala d'ahí? ¡Too la arreglan con mandar! ¡A mí no me manda nadie! ¡De hombre á hombre no va nada!

—Bueno, hombre, bueno.

—Ya pué esté tocá el pito, y ámonos pronto, que me están esperando en Ríclia pa matar el tocino. ¿Quién quíe un cigarro? ¡Arre!

EUSEBIO BLASCO

¡Y YA, PA QUÉ!

Pocos días antes de la batalla de Elgueta pasó el general en jefe revista á mi batallón, en Durango. Servía en la 8.^a Compañía un soldado, el *señó* Juan Romero, natural de Medina Sidonia, chiquitín y saladísimo. Por lo chiquitín formaba siempre en la cuarta escuadra, allá á la cola. Por lo *salao* consiguió más de una vez que yo me hiciera el distraído ante algunas faltillas suyas. ¡Debilidad andaluza! La gracia circunstancia atenuante.

Pues, señor; cuando más solemne era el acto, se le ocurre al *señó* Juan Romero ponerse á la altura de cualquiera que hubiese tomado tres horas antes medio vaso de agua de Carabaña.

El hombre, naturalmente, á pesar de todo el aparato del espectáculo, se arranca hacia el cabo de su escuadra y le habla al oído. El cabo se arranca hacia el sargento, y ¡chus! ¡chus! (conversación en voz baja).

El sargento, con una prosopopeya que ni en la jura de Santa Gadea, se encamina con su arma terciada al sitio del alférez. Saludo, y ¡chus! ¡chus!

El alférez, ¡ah! el alférez era un zampatorras que estaba petrificado con la presencia del general Quesada. En vez de desachar el expediente del *señó* Juan Romero con un *concedido*, se decide también por la consulta.

Y ¡plín! ¡plán!, luego de largarle un saludo con la espada, que temí lo dividiera, se le acercó al oído, y ¡chus! ¡chus!

Cansado ya de tanta contradanza, y viendo que el teniente se disponía á emprender otra caminata, me dirigí á él y le pregunté: —¿Qué pasa?

¡Ahí era nada lo del ojo lo que pasaba! El *señó* Juan Romero á punto de estropear unos pantalones casi nuevos!

—¡Puede ir! ordené sin saber si soltar el trapo ó incomodarme por la majadería del caso elevado á consulta.

—¡Que vaya!—dijo el teniente al alférez.

—¡Que vaya!—el alférez al sargento.

—¡Que vaya!—el sargento al cabo.

—¡Vaya usted!—el cabo al *señó* Juan Romero.

Y, entonces, el *señó* Juan Romero, espatarrao en el sitio donde aguardaba su sentencia, perdiendo la postura militar y hasta el comedimiento, exclamó entre indignado y afligido:

—¡Y ya, pa qué!

FEDERICO DE MADARIAGA

Los derechos adquiridos

¡Vaya una muletilla que hemos encontrado! A todo pensamiento de regeneración se opone los derechos adquiridos.

¡Los derechos adquiridos! Si siempre hubiésemos querido respetarlos, estaríamos todavía en el siglo XVIII. Vino en los primeros años de la presente centuria Bonaparte y estallaron á la vez la revolución y la guerra. Reunióse primero una Junta Central, después unas Cortes; y estas Cortes transformaron el reino. Sin indemnización alguna abolieron todas las prestaciones que debían su origen á título jurisdiccional ó feudal, quitando á los antes señores acción para exigirlos, y librando á los pueblos de la obligación de pagarlos. Incorporaron á la nación todos los señoríos jurisdiccionales. Derogaron de una plumada el sinnúmero de privilegios que trababan el ejercicio de la agricultura y las artes. No perdonaron ni aun los del real patrimonio.

Otras Cortes, las de 1820, suprimieron todos los mayorazgos, fideicomisos, patronatos y cualquiera otra clase de vínculos, sin reservar á los sucesores inmediatos sino la mitad de los bienes que por derecho les correspondían. Restablecieron á la caída del régimen constitucional Fernando VII, y se los abolió de nuevo el año 1836 por un real decreto.

En 1837, otras Cortes decretaron la supresión del diezmo y la primicia. Disolvieron á los pocos días las comunidades religiosas y adjudicaron á la nación los inmensos bienes de que eran propietarias por justos títulos. Se desamortizó más tarde con insuficiente indemnización los bienes del clero secular, y aun los de las provincias y los pueblos.

Sin respetar los derechos adquiridos se ha hecho, bajo el régimen liberal como bajo el absoluto, otra clase de mudanzas. Felipe V redujo al 3 por 100 todos los censos; las Cortes de 1820 redujeron al 2 por 100 los laudemios y otorgaron el derecho de fidejuga á los enfiteutas.

¿Por qué se atrevieron á tanto los poderes del Estado? Porque con razón entendieron que ha de prevalecer en todos tiempos el interés público sobre el privado, y por las numerosas evoluciones de la idea de justicia pasa á ser hoy injusto lo que ayer fué justo. En el bien general se inspiraron todos esos reformadores; y es muy de extrañar que ahora se detengan nuestros hombres políticos ante derechos bien ó mal adquiridos, cuando se desea sacar á la nación del triste estado á que la condujo una larga serie de desventuras. De almas cobardes, de corazones poco levantados, de hombres ineptos para regir á España se rán tildados por las futuras gentes.

F. PI Y MARGALL

AUTÓGRAFO

«El que tiene la llave del estómago tiene la llave de la conciencia. Pobreza y libertad son términos incompatibles: por más revoluciones que se fragüen, no se ha librado á un pueblo de la opresión si no se le ha librado de la miseria. La papeleta electoral es un cetro que no se acomoda á la mano del mendigo. «Onza de Estado, libra de oro», dice un viejo refrán lleno de la más verdadera filosofía. Y muchos siglos antes la Biblia: «La libertad del hombre está en sus riquezas: para el pobre no hay ley ni justicia: vale más morir que vivir en la indigencia.»

Estas verdades valen más que todos los libros de Rousseau, de Montesquieu y de Kant en que se han engendrado las Constituciones modernas.

JOAQUIN COSTA

Julepe entre un jitano y un jaque

Dijo un jaque de Jerez, con su faja y traje majo:
«Yo al más guapo el juego atajo,
que soy jaque de ajedrez.»
Un jitano que el jaez
aflojaba á un jaco cojo,
sacando ciego de enojo
de cortar la tijeta,
dijo al jaque: «Por la jeta
te la encajo si te cojo.»
«Nadie me moja la oreja»,
dice el jaque, y arrempuja;
el jitano también puja
y uno aguja y otro ceja,
en jarana tan pareja
el jaco cojo se encaja,
y tales coces baraja,
que al empuje del zancajo
hizo entrar sin gran trabajo
al jitano y jaque en caja.

JUAN B^{ta}. DE ARRIAZA

Tomaba declaración un juez á cierto acusado, que en vez de negar le contestó:

—Pues todavía he cometido una falta mucho mayor, señor juez.

—¿Mayor?—preguntó el juez asombrado.

—Sí, mucho mayor.

—¿Y cuál es esa falta?

—La falta, que no me perdonaré nunca, de haberme dejado echar el guante.

—Acusado: ¿después de haber cometido un delito tan abominable, no sintió usted remordimiento de conciencia?

—Es posible, señor presidente; pero no he tenido conciencia de mis remordimientos.

En la inspección de policía:

—¿Por qué le ha pegado usted á su mujer?

—Le diré á usted... yo estaba borracho...

—¡Vaya una excusa! ¿Y por qué se emborracha usted?

—Porque bebo.

Un ratero comparece en juicio oral acusado de haber robado un manojo de espárragos á una verdulera.

—¿Por qué ha robado usted los espárragos á esa mujer?

—Porque no sabía su precio.

—Pues debió usted preguntárselo á ella.

—Es que soy muy tímido con las mujeres.

La lectura de la Historia

La prueba de que todo es convencional en el mundo, nos la ofrece la Historia misma. No hay crimen ni delito que no tengan en ella explicación y precedentes. Pero el caso es que han sido castigados ó han quedado impunes, según las circunstancias y la posición de los culpables.

Supongamos un gran criminal reincidente y detenido (por casualidad), que comparece ante un tribunal. El acusado es un hombre de cuarenta años y de fisonomía vulgar que revela el sinnúmero de crímenes que ha perpetrado. El presidente le pregunta:

—¿Cómo se llama usted?

—José León.

—¿De dónde es usted?

—De todas partes.

—Veo que ha recibido usted una educación detestable.

—No he recibido ninguna. Lo poco que sé lo he aprendido yo mismo.

—¿Y dónde ha encontrado usted los ejemplos de los espantosos crímenes que ha cometido?

—En un libro que robé en una librería.

—¿Cómo se titula ese libro?

—*Las Bellezas de la Historia*.

—Citado á comparecer ante el juez de paz por una cuestión con su casero, se presentó usted con una mujer de malas costumbres, á la que tuvo la audacia de desaudar en plena audiencia.

—Había leído que Friné empleó en otros tiempos este medio, y esperaba que me produjese idénticos resultados.

—Pero eso no es más que un detalle que sólo recuerdo para dar á los señores jurados una idea de la inmoralidad de usted. Pasemos á los hechos de la acusación. El 12 de Febrero de 1890 entró usted en una casa aislada y dió muerte á toda una familia, compuesta del abuelo, del marido, de la mujer y de tres hijos.

—Eran protestantes y creí obrar bien al imitar á Carlos IX, á Catalina de Médicis y á Luis XIV, que no fueron perseguidos.

—Después cogió usted un haz de leña, ató á un poste á una pobre criada que defendía á sus amos, encendió la hoguera y quemó viva á la infeliz sirvienta.

—Creí obrar con aquella hereje como un distinguido prelado con la doncella de Orleans.

—A los pocos meses litigaba usted con uno de sus primos acerca de una herencia. Llevó usted á su adversario á un edificio aislado y allí le hizo asesinar por dos vaqueros.

—Había leído que el rey Enrique III procedió así con el duque de Guisa.

—Habiendo nacido usted en la religión católica y deseando casarse con la viuda de un rico comerciante, abjuró su fe para hacerse judío.

—Enrique IV ha dicho que bien valía París una misa, y yo creo que mi israelita bien valía... una abjuración.

—¿No es cierto que tenía usted un hijo natural, habido con una costurera de Montmartre?

—Sí, señor; lo confieso.

—Deseoso de eliminar todo obstáculo á su matrimonio, se libertó usted de su hijo á puñaladas.

—Le condené antes á muerte de un modo formal, imitando antes la conducta de Pedro el Grande, cuyo ejemplo me pare-

ció excelente. Advertiré, además, á los señores jurados, que mi hijo se llamaba Alejo, como el del czar.

—Después envenenó usted á casi todos sus parientes.

—Alejandro VI me inspiró la idea, puesto que deseaba yo agrupar en una sola varias fortunas diseminadas.

—Es usted un hombre de muy malas costumbres.

—No lo niego.

—Concibió usted una pasión por la mujer de un cobero y envió usted á su marido á provincias, á pretexto de realizar unas compras.

—Luis XIV desterró también á monsieur de Montespan.

—En una palabra, ¡ha perpetrado usted todo género de crímenes!

—Me faltan todavía algunos; pero los que he cometido me los ha inspirado la Historia. Enrique VIII fué viudo de siete reinas, mató dos cardenales, diecinueve obispos, trece presbíteros, quinientos priores y sesenta y un canónigo. Confieso que no me he considerado jamás á la altura de Enrique VIII.

—Inútil es consignar que José León fué condenado á muerte por unanimidad.

A. SCHOLL

Cuando la guerra termine...

II.—El alquiler de las casas

Es cosa olvidada de puro sabida que el comerciante está para servir al público, y no el público para servir al comerciante. El público, con su demanda, contribuye á fijar el precio de los artículos, exige que éstos sean de determinadas condiciones, é impone sus medidas y monedas. De nada sirve que la ley ordene al comerciante vender por kilos y metros, mientras el público se obstina en comprar por libras y varas.

En el negocio de arriendo de casas, el casero es el comerciante, el inquilino, el público. Pero aquí la ley tiene una excepción. El público está al servicio del comerciante.

En los contratos de inquilinato se fijan los deberes del inquilino: «pagar tantas pesetas al mes, no tener niños, no tener flores, no tener perros, etc.», pero no se fijan los deberes del casero: «comprometerse á no subir el alquiler (puesto que el inquilino se compromete á no bajar á cero la cantidad estipulada), blanquear la casa cada cierto tiempo, etc.». El casero no se fía del inquilino y exige garantías, generalmente un mes de fianza. La misma razón hay para que el inquilino exija del casero una fianza como garantía de que no subirá el alquiler, y blanqueará la casa cuando sea preciso. El casero se resistirá á entregar fianza al inquilino; tampoco éste la debería entregar al casero, y ambos la depositarían en las arcas del Municipio, á quien se podía conceder crédito para disponer parcialmente de estas cantidades.

La casa alquilada continúa á disposición del casero, quien puede despedir al inquilino siempre que necesite la fianza. De este modo el propietario dispone de la casa al mismo tiempo que cobra por el alquiler de ella.

Si se trata de fincas rústicas, el inquilino ó colono es un escalón más elevado que el criado. El propietario no es un comerciante que sirve al público, sino un

amo que tiene colonos á quienes puede despedir si no le cuidan bien la finca ó si profesan distintas ideas religiosas.

Pero si los inquilinos tienen de hecho todos los inconvenientes de las clases subordinadas, no tienen ninguna de sus ventajas, no están asociados para la huelga.

Una huelga general de inquilinos sería invencible. El dinero estaría de parte de los huelguistas (al revés de lo que sucede en las demás huelgas). Los únicos que protestarían serían los caseros; lógicamente, contra ellos debería cargar la Guardia civil, si alteraban el orden público. Los desahucios no tendrían fuerza legal estando todos los inquilinos unidos, porque los desahuciados de los cuartos de la derecha ocuparían, sin firmar contrato, los cuartos de la izquierda y viceversa, y no sería posible desalojarlos de sus nuevas viviendas.

¿Que todo esto es imposible? Difícil, sí. Imposible, no. Desde luego sería la mejor solución que todas las fincas urbanas fueran propiedad de los ayuntamientos y que éstos cobraran el precio de alquiler, con lo que tendrían recursos suficientes para atender á todos sus gastos, sin necesidad de arbitrar otras contribuciones, y desaparecía uno de los mayores parásitos de la civilización moderna, el casero, quien, en lo sucesivo, ya no podría vivir del trabajo de los inquilinos.

¿Que costaría muchísimos millones la expropiación? Nada de eso. Un ingeniero inventa una máquina, y se le concede patente por veinte años. Un industrial explota una línea de tranvías, y al cabo de cierto tiempo prescribe la concesión. ¿Por qué no ha de prescribir también la propiedad urbana? A los veinte años de edificada una casa puede muy bien pasar á ser propiedad del Municipio.

¿Eso es un robo? Luego se está robando ahora á los inventores y á los industriales, que son personas que trabajan. ¿Nadie construiría casas nuevas? Sí, porque en las mismas condiciones emprenden negocios muchos industriales y no les va mal. Estamos en una época en que se vive muy de prisa. ¿Quién sabe si cuando la guerra termine será una realidad lo que ahora parece un sueño!

F. R.

Un abogado á su cliente:

—Hace treinta años que visto la toga, y en mi larga carrera no he defendido más que una causa que estaba completamente seguro de ganar.

—¿Sí?

—Y la perdí.

Un atraco:

Delante del Jardín Botánico; un ladrón asalta á un caballero.

—¡Alto! La bolsa...

—¿La Bolsa?... siga usted todo recto, y á la derecha, frente al obelisco del Dos de Mayo.

En la Cárcel Modelo:

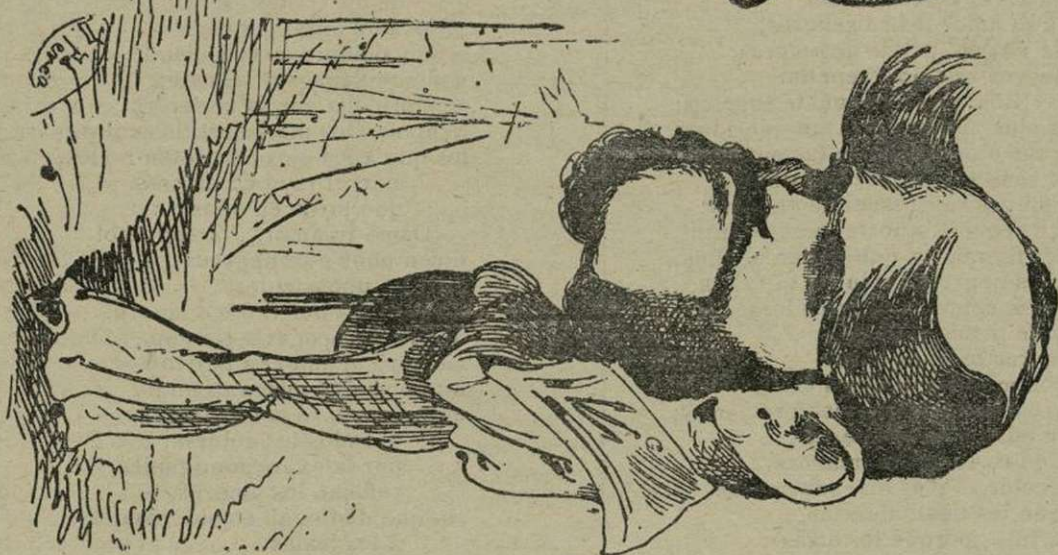
—¿Cómo es eso! ¿Otra vez usted aquí? Hace seis años que soy vigilante, y en ese tiempo ha entrado usted cinco veces en la Cárcel.

—Eso no prueba más sino que usted no asciende...

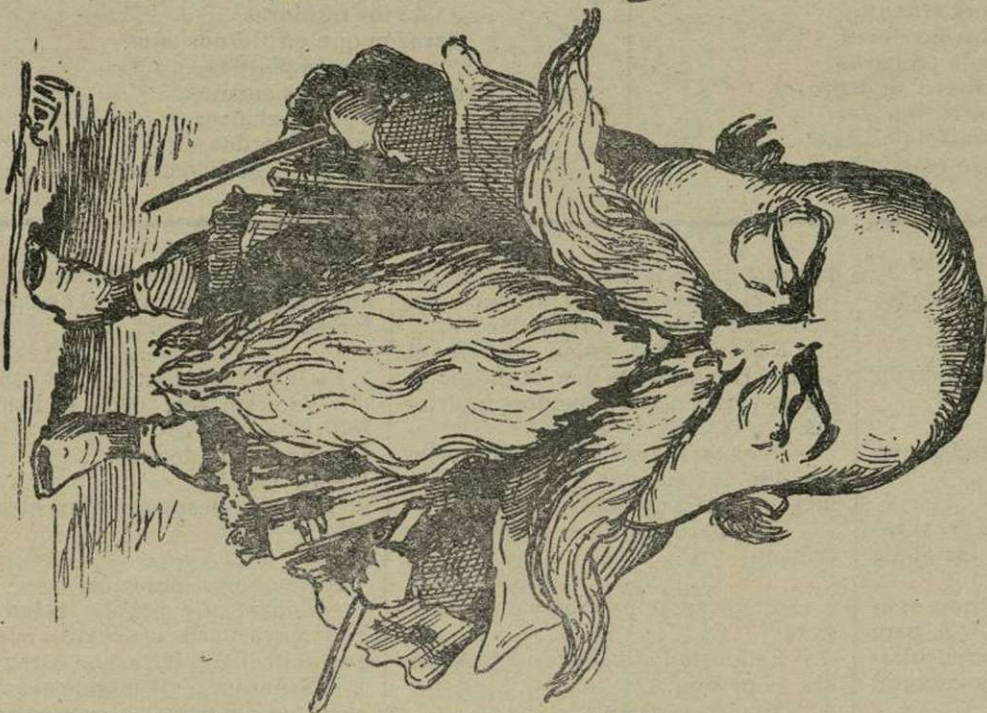
EL MOTIN



PRIM.



TOPETE.



IZQUIERDO.

El color de los ojos

Una niña de quince (cuando apenas frisaba yo en los veinte) cierto día del perfumado mes de las verbenas, ya del trémulo sol en la agonía, con sus pupilas de cambiantes llenas y húmedas las pestañas me decía: —¡Negros tiene los ojos... No los miro frente á frente jamás, y es que recelo que se me exhale el alma en un suspiro!... Y sepultó la frente en su pañuelo.

La niña enamorada,
con el amor ausente,
y en ensueños de virgen arrullada,
los ojos entornó y hundió la frente,
por ver entre las nieblas de su mente
la inolvidable luz de una mirada.

Yo respeté su sueño. Parecía
que el aura entre las flores
por aromar su sueño las mecía,
y que en la selva umbría
cantaban á su amor los ruiseñores,
mientras la virgen, pálida de amores,
¡son tan negros sus ojos! repetía.

Al fin le dije: «Niña, no sabes cuál te engañas;
si tan queridos ojos, por ser ¡ay! tan queridos
lumbre son de tus ojos y afán de tus entrañas
y á su mirar tu seno responde con latidos,
no al color atribuyas su irresistible encanto;
no digas ¡son tan negros!, sino ¡los quiero tanto!,
porque si azules fueran los que te van al alma,
supieran, cual los negros, aniquilar tu calma,
y su azul adoraras como su negro adoras,

y en penas y alegrías
en tus febriles horas
con miradas azules soñarías.

¡Son tan negros! murmuras... mas no aciertas;
¡las niñas de tu edad son inexpertas!...

Con su fuego te inflamas,
que no con su color... Y es que sus puertas
tu pobre corazón les tiene abiertas,
y que los amas tú... ¡porque los amas!

Como la niña lloraba tanto,
—niña, le dije, niña, no llores;
y con sonrisa bañada en llanto,
—dulce, me dijo, suena su canto,
pero ¿qué dicen los ruiseñores?
—Los ruiseñores entre el follaje,
cantando amores, le respondí,

dan á las auras algún mensaje.

—Pero ¿qué cantan?—Oyelo.—Di.

—Sobre el color de los ojos
hablan contigo en su canto,
que han notado tus enojos
y que están los tuyos rojos
porque los escalda el llanto.

Oye la dulce canción de amores
que te dedican los ruiseñores —
dije, y la niña prestó el oído,
turbios sus ojos fijando en mí,
y al repetirme con un gemido:

—Pero ¿qué cantan? Canté yo así:

Corazón que en tiernos años
por unos ojos te pierdes,
para entender sus amañes
no mires si son castaños,
negros, azules ó verdes;
que en todos los colores,
por la expresión iguales,
reflejan los amores,
sin que distingas en sus cristales
á los leales
de los traidores.

Ojos que miran amando
miran siempre convenciendo,
y aunque apagarlo simulen
siempre el amor salta dentro.
Y no son los matices ni los colores
los que á los ojos hacen tan bellos,
sino el rayo de amores
que brilla en ellos.

¡Dame tu amor... ó me mato!
dicen unos ojos negros;
y dicen unos azules:

¡Dame tu amor... ó me muero!
Y aunque apagarlo simulen,
siempre el amor salta dentro,
que ojos que miran amando
miran siempre convenciendo.

Y todos los colores,
por la expresión iguales,
reflejan los amores,
sin que distingan en su cristales
á los leales
de los traidores.

Corazón que en tiernos años
por unos ojos te pierdes,
para entender sus amañes,
no mires si son castaños,
negros, azules ó verdes.

E. FLORENTINO SANZ

El presidente:
—¿Niega usted que sea el asesino
de la viuda López?

El acusado:
—Sí, señor. La infeliz murió de un
enfriamiento.

El presidente:
—Conforme; pero fué usted el que
se lo produjo.

Un ladrón famoso, que ha realiza-
do un robo de importancia, lee al día
siguiente los periódicos.

—¡No dicen nada de mi última ope-
ración!—exclama furioso. —¡Y para
esto se descrisma uno en hacer robos
de efecto, con fractura y asesinato!

Se celebra un juicio de concilia-
ción, en el cual el demandante se

querella de las injurias que le ha di-
rigido el demandado. El juez que pre-
siede el acto, dice al demandante:

—Refiera usted cómo ocurrió el
hecho. Las palabras que le dirigió la
parte, y que usted considera injurio-
sas.

—Pues en el calor de la discusión
me dijo lo que voy á repetir, señor
juez: es usted un imbécil.

—Caballero, dirijase usted al es-
cribano.

Diálogo entre un juez y un proce-
sado:

—Está usted condenado á tres me-
ses de prisión.

—Muchas gracias.

—No las merece.

—Sí, por cierto; pues que en el ve-

rano, cuando todos están fuera, sería
una vergüenza para mí el que me vie-
ran en Madrid.

En la prevención:
—Vamos á ver, ¿cómo se llama us-
ted?

—No puedo decirlo.

—¿Por qué?

—Porque deseo guardar el incóg-
nito.

Ante el juez municipal:

—Consta que pegaba usted á su
hijo mayor con crueldad, mientras
que al pequeño le pasaba usted todo.

—Señor juez—responde el acusado
—es que del mayor sé positivamente
que es mío, mientras que el otro...

El de la cruz colorada

ORIENTAL

Dime tú, el rey de los moros,
el de los bellos jardines,
el de los ricos tesoros,
el de los cien paladines,
el de las torres caladas
con sus agujas labradas,
el de alcatifas morunas,
el rey de las medias lunas,
de los reyes soberano,
el de la Alhambra dorada,
el de la hermosa Granada,
¿en dónde está mi cristiano
el de la cruz colorada?

Bellos tus moros Gomeles
y diestros son en la zambra;
discretos son tus donceles
si platican en la Alhambra;
para las justas mañeros,
para la liza guerreros,
para cabalgar airosos,
enamorando amorosos,
modelos en lo galano
y en su apostura extremada;
pero algo falta en Granada,
y es mi donoso cristiano
el de la cruz colorada.

Trovas discretas de amores
tus granadinas merecen,
mas tienes tú trovadores
que esas bellas engrandecen.
Entre los bailes morunos
dispuestos como ningunos,
en los adufes sonoros,
no hay otros como esos moros,
que es su estilo cortésano.
Pero ¡ay! que fuera Granada
más hermosa y celebrada
cantándola mi cristiano
el de la cruz colorada.

Empavonados arneses,
tocas de grana, almaizares,
de plata finos paveses,
y bordados capellares,
y marlotas con borlones,
y tunecinos jubones,
y en sedas paños labrados
por turbantes y tocados,
realzan el aire ufano
de tu juventud preciada;
pero ¡ay! que falta en Granada
la banda de mi cristiano
el de la cruz colorada.

¿Cautivo está entre cerrojos?
Dime, moro, si es tu esclavo,
si vierten lloro sus ojos,
si merced le harás al cabo,
si te duelen mis dolores
y sus tempranos amores,
si puedo pagar sus prendas;
¡ay! aunque esclava me vendas,
á mi deshonra me allano;
iré á tu harén enlutada.
No seré más desdichada
que si pierdo mi cristiano
el de la cruz colorada.

Yo soy la flor de Sevilla,
y en Jerez, donde nací,
me llaman su maravilla,
y aquí en Granada, la hurí.
No puedo darte, rey moro,
el alma, que es del que adoro;
mas si en lo hermoso soy perla,
tú, sultán, debes tenerla
cual joya á tu fausto vano,
como lámpara estimada
en tu serrallo colgada.
¡Ay! salve yo mi cristiano
el de la cruz colorada.

Atento el sultán la oyó
y dijo de esta manera:
«En el cerco de Antequera
prendí ese cristiano yo;
era su Alcaide, y él era
el que más moros mató.
En tanto que fuese vivo
juré tenerle cautivo,
mas tu amor templa mi saña,
que en mujer es cosa extraña
guarde fe quien ama en vano,
y diera yo mi Granada
por verte de mi prendada
como lo estás del cristiano
el de la cruz colorada.

Hermosa, enjuga tu lloro;
lluvia es que empaña tu sien;
sensible soy, aunque moro,
y espléndido soy también.
No quiero por ser piadoso
me ofrezcas don tan precioso;
peleo yo con mi alfange,
mas consentir este canje
fuera un tráfico villano.
«Abran la torre ferrada,
»y á esa mujer desolada
»entréguenla su cristiano
»*el de la cruz colorada.*»

Las órdenes del sultán
cumplen siervos guardadores;
ya está libre el capitán
con su bella y sus amores.
«Bendito seas, el moro
»de los palacios de oro
»y harenas para el placer»,
exclamaba una mujer,
mientras corre en su alazano
con su cautivo abrazada;
«bendito...» calló turbada
porque la abraza el cristiano
el de la cruz colorada.

G. R. LARRAÑAGA



CARTA Á FILENA

Aunque siempre fui cobarde
contigo, amoroso alarde
hacer de un recuerdo quiero:
Era á mitad de Febrero;
era á mitad de una tarde.

Con el alma de amor llena,
buscando alivio á la pena
que mi corazón traspasa,
llamé á tu puerta, Filena,
y estabas solita en casa.

No sé si aliviar quisiste
mis amantes desvarios

ello es que viéndome triste,
enternecida pusiste
tus labios sobre los míos.

Sin duda fué caridad,
sin duda fué el solo medio
de mostrarme tu piedad,
pero ¡ay! que ha sido el remedio
peor que la enfermedad.

Mira, Filena querida,
si hay desdicha parecida
á esta mi desdicha fuerte:
lo que á tantos da la vida
á mí me ha dado la muerte

Desde entonces no reposa
mi alma; sin cesar me quejo;
desde entonces, niña hermosa,
de tu boca temblorosa
guardo en mis labios el dejo.

Es una dicha y la lloro,
pero con tanto egoísmo
la guardo como un tesoro,
que algunas veces yo mismo
me parece que la ignoro.

Que á más de ser yo muy hombre,
tu concepto me es sagrado;
y para que más te asombre,
desde entonces he encerrado
en mi corazón tu nombre.

Sólo si alguien por antojos,
ó porque ve que ya apunta
la amarillez en mis ojos
lastimado me pregunta
la causa de mis enojos,
por qué á las gentes esquivo
y en amoroso embeleso
vagando voy pensativo,
respondo: «Me han dado un beso
y desde entonces no vivo.»

POTSDATA

Pero oye y valga verdad:
si no tienes otro medio
de mostrarme tu piedad,
vuelve á aplicarme el remedio...
y siga la enfermedad.

ANTONIO GARCIA GUTIÉRREZ

Ramírez es un hábil falsificador
que ha vivido muchos años como un
príncipe, falsificando letras de cam-
bio. Pero como todo tiene su fin, ca-
ten ustedes que Ramírez hace dos
meses que está á la sombra por haber
sido cogido *infraganti* al querer co-
brar una letra en el Banco.

Ayer preguntaron á su esposa:

—¿Que es su marido de usted?

—*Letrado*, contestó ella.

En casa del abogado.

—Dice usted que quiere entablar
pleito de divorcio, porque su mujer
le trata á usted brutalmente.

—Sí, señor; me trata como á un
perro, y me hace trabajar como un
burro.

—Pues en ese caso no es á mí á
quien debe usted dirigirse.

—Pues, ¿á quién?

—A la sociedad protectora de ani-
males.

La Musa anticlerical

(CONTINUACION)

Así se escribe la historia

Murió el pobre sacristán de las monjas de Hortaleza y al morir dió de cabeza en el reino de Satán,

parando en tan mal recinto por infringir desatento yo no sé qué mandamiento entre el séptimo y el quinto.

Repuesto de la caída el inquilino reciente, examinó diligentemente la satánica guarida.

Y apenas pasó el dintel vió con ira en un retablo tendido á los pies del diablo, el arcángel San Miguel,

blandiente espada luciente el señor de los infiernos y el santo con unos cuernos hasta la pared de enfrente.

¡Ah! desbordándose en ira ante la rara escultura con rabia gritó:—¡Impostura! ¡Mixtificación! ¡Mentira!

Iba ya como una fiera sobre el grupo con furor, cuando un diablo historiador le advirtió de esta manera:

«Pero, necio, ¿qué motiva tan extraño frenesí? Pues qué ¿no se escribe así la historia por allá arriba?

E. SEGOVIA ROCABERTI

□ □

A cierto clérigo que era madrugador é impaciente, le esperaba mucha gente para la misa primera.

Tarde el clérigo llegó, y al querer con grande prisa salir á decir la misa, su alba en un clavo enganchó.

No salió del trance salva, mas él, con chistoso alar le dijo:—No he llegado tarde, pues llevo al romper el alba.

□ □

La beata santurróna que en el entresuelo habita, tiene, según malas lenguas, el amante en la buhardilla. Y dice:—Tanto me encantan las oraciones divinas, que paso días y noches entregada al que está arriba.

J. MARTÍNEZ VILLERGA

□ □

El cerdo

El cura de Carrascal orgulloso estaba

de un cerdo fenomenal que solícito cebaba.

Y sucedió que un tal Lino, por idiota reputado, se apoderó del cochino del infeliz tonsurado.

Nadie le daba razón del suculento animal: crecía la indignación del cura de Carrascal...

Y cuando desesperado, de buscarle desistía, dijole un desocupado que el idiota lo tenía.

Gozoso el cura, al momento lo llamó, y así le dijo:

—Háblame sin miramiento... ¡Te quiero yo como á un hijo!

Dime, dime con franqueza si algún objeto has hurtado en un rato de flaqueza, y quedarás perdonado.

Una mala tentación, Lino, la tiene cualquiera... Yo mismo en una ocasión hice cosas de gatera...

Afanaba muchas veces estampitas á mi tía, uvas, castañas y nueces... mas luego me arrepentía.

—¡Pues no me vuelva usted á hablar! Ni yo tengo tentaciones, —dijo el tonto—, ni á tratar acostumbro con ladrones...

RAFAEL CAMPILLO

□ □

Ana piadosa labró para los pobres vivienda; á muchos de toda hacienda su marido despojó.

Quisiera saber quién vió matrimonio que haya sido más conforme, más unido; ¡qué acción de dos tan igual! Ana hizo el hospital, y los pobres su marido.

JUAN DE IRIARTE

□ □

¡SOLO!

¡Válgame Dios qué fatigas pasa un capellán sin ama cuando por forzosa ausencia va de viaje la muchacha! Apenas dice su misa tiene que volver á casa donde quinientos quehaceres interesantes le aguardan. Cocinar, encender lumbre, barrer y limpiar la estancia, darle escarola al canario que alegre canta en la jaula, darle un estacazo al perro porque impertinente ladra, evitar que á la despensa dé algún asalto la gata, ver si se sale el botijo, si está rota la tinaja, si el grillo quiere lechuga y si el reloj se adelanta; revolver la carbonera,

dar plumazos en la sala, ver si hay chinches en la alcoba, sacudir las hopalandas...

¡Y aun hay periódicos malos como EL MOTIN, verbi-gratia, que se extrañan de que un cura esté impaciente sin ama!

□ □

A un cura doña Narcisa hablóle de esta manera:

—Que me diga usted una misa es mi voluntad sincera.

Y el cura le respondió con amostazada bilis:

—Así no las digo yo, que en la cera está el busilis.

□ □

Hallándose á un jorobado tres frailes y dos sotanas, con sonrisas inhumanas burláronse del chepado.

Y él, mirando de hito en hito de manera maliciosa aquella panza horrorosa que usaba cada bendito,

dijo:—Extraño que en habilllas mi protuberancia tomen, cuando abulta más su abdomen que el fardo de mis costillas.

□ □

Que Beatriz sin enfermar diga que se está muriendo, que llamen á fray Rosendo, que la venga á confesar, y él con ella haya de entrar quedándose fuera el lego...

¡Fuego!

EL CURA IGLESIAS
(Continuará.)

Milagros comentados

Yo, hablando de mí

Chaparrón de milagros

Picotazos en la cresta

VERDADES AL PUEBLO

Trozos de mi vida

Asuntos diversos

Cosas de ellos

Virtudes del clero

Variedad en la unidad

TRALLAZOS

Clericalismo en solfa

José Nakens

DOS PESETAS TOMO

IMP. «LA ITALICA», VELARDE, 12 MADRID